



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 5.

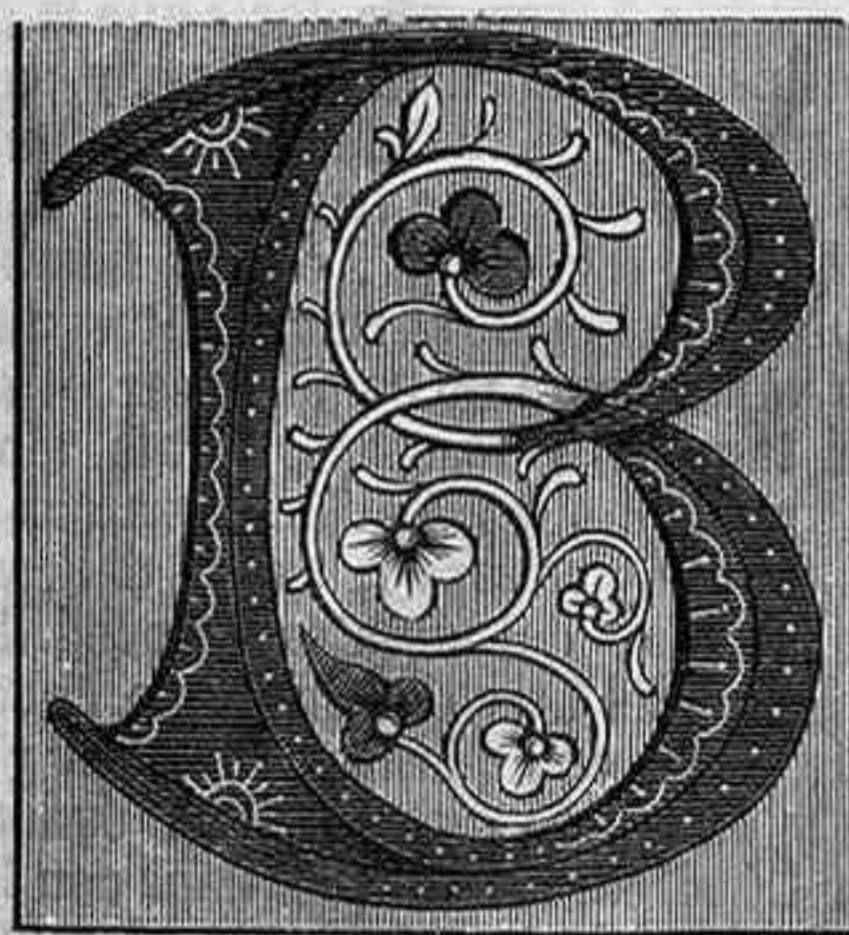
PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 2 DE FEBRERO DE 1862.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA: PUERTO-RICO, Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VI.

REVISTA DE LA SEMANA.



ien que infundado el pánico que ha habido en esta semana en la plaza de Madrid, ha dado por consecuencia acudir muchos imponentes á retirar sus imposiciones de fondos de una de las sociedades de crédito, haciéndola suspender los pagos hasta celebrar una junta general de accionistas para deliberar el

medio de cubrir sus obligaciones, y continuar prestando al público los servicios que esta y otras sociedades indudablemente le prestan. La quiebra de la casa de O'Shea hizo pensar á los especuladores en fondos públicos en la ley últimamente votada sobre reivindicación de títulos al portador, y como esa ley no ofrece á la especulación las facilidades que necesita, comenzaron á sufrir alguna paralización las operaciones de Bolsa. Al mismo tiempo, de buena fe por unos, y por otros de mala fe, se comenzaron á esparcir rumores de quiebras inminentes, refiriéndose á casas respetables y de crédito asegurado, y algunos que tenían gruesas sumas en una sociedad de imposiciones y descuentos las retiraron de una vez. Súpose que estas cantidades se habían retirado y cundió la alarma y acudieron á la misma sociedad otros muchos imponentes á retirar sus fondos; y cuantas mayores dificultades se ofrecían para la devolución, mayor era el pánico temiéndose que llegase á ser general.

Las sociedades de crédito van dando excelentes resultados para el pequeño comercio y destruyendo el monopolio que estaban aquí acostumbrados á ejercer algunos capitalistas. Organizadas sobre sólidas bases, solo tienen que temer una cosa, contra la cual no hay remedio radical, y es que los imponentes quieran en un momento dado todos ellos recobrar los fondos con que cada sociedad hace sus giros y operaciones. Contra la voluntad

de los que tienen su dinero en los bancos no hay banco que resista: la primera base del crédito es la confianza, y en faltando la confianza, no puede haber crédito ni por consiguiente establecimientos de banco.

Esto no solamente puede suceder con las sociedades de crédito; puede suceder con toda clase de instituciones: si el público se retira de ellas, si no las tolera por lo menos, se hundan; pero es mas fácil que suceda con aquellas que siendo utilísimas para el progreso general de la sociedad, no son, sin embargo, absolutamente necesarias para la vida de los pueblos, y no están completamente arraigadas en las costumbres.

La prensa tiene en estas circunstancias un deber que está llenando noblemente, y es acudir á salvar con sus reflexiones el pequeño comercio amenazado, manifestando que el pánico es infundado á todas luces; esponiendo las ventajas del crédito y calmando los temores poco razonables de los pequeños capitalistas y de la gente que si bien gusta de obtener un grande interés por su capital, tiembla ante la idea de que pudiera perderlo, y desearia que el dinero naciese, creciese y se extendiese dentro del arca ó cajón de las sociedades para que estuviera siempre á su disposición sin riesgo.

Para evitar en lo posible las contingencias, á que las sociedades de crédito pueden verse espuestas, necesitan todas ellas reformar una parte de sus estatutos que es defectuosa. Se ha observado que mientras ellas prestan á noventa dias de plazo el dinero que reciben de los imponentes, dan á estos el derecho de recogerlo con un aviso de cinco dias y muchas veces en el acto. La esperiencia ha hecho ver que á la menor presión en la plaza, acudiendo muchos á pedir devolución instantánea de fondos cuya mayor parte están empleados á noventa dias, se hacen sentir, en la sociedad que se encuentra con tales pedidos, efectos desastrosos. El remedio de este mal que ya hace tiempo muchos preveían pero que hoy se ha hecho palpable, está en nivelar el plazo de las imposiciones con el de los préstamos, y en fijar una escala para las unas que corresponda á la escala fijada para los otros.

¿Un imponente quiere poder disponer de su dinero en el acto de pedir el reintegro? Pues ese imponente no busca el interés del dinero, busca pura y simplemente la seguridad. No da el dinero para emplearlo: lo da para que se lo tengan seguro y custodiado á su disposición. No hace una imposición: establece una cuenta corriente. Este dinero no se puede emplear por la sociedad, que debe tenerlo siempre dispuesto á en-

tregarlo á su dueño y por consiguiente no debe ganar interés alguno ó debe ser muy módico el que gane.

¿Un imponente se compromete á no pedir la devolución de su capital sino con un mes de aviso anticipado? Pues con ese dinero pueden hacerse préstamos á un mes de plazo y nada mas, y el interés debe ser proporcionado. Del mismo modo los préstamos á tres meses deben hacerse con los fondos cuyos dueños los hayan colocado comprometiéndose á avisar con tres meses por lo menos de antelación al día en que deseen recobrarlos.

Reformando los estatutos con arreglo al principio que hemos propuesto de la nivelación de las imposiciones con los préstamos y con el fondo de reserva en caja, y fijando el interés proporcionado á las condiciones de la imposición, creemos que todas las sociedades hoy existentes, y cuya utilidad está universalmente reconocida, saldrán de esta pequeña crisis aun mas sólidas que estaban antes.

El señor Palau y Raola ha inventado un nuevo método de panificación, por medio del cual, con una cantidad determinada de harina, se obtiene una mayor de pan que la que da la misma cantidad por el método ordinario. Los ensayos se han hecho con buen resultado en la factoría de la administración militar. En la prueba, 99 libras de harina y 3 de sémola produjeron 97 raciones y 75 céntimos de ración, ó sea el 95,83 por 100, mientras que el producto que por término medio se obtiene en Madrid, es el de 84,24. Se ha hecho una comparación entre los gastos de producción por uno y por otro medio: se supone que el método del señor Palau necesita mas combustible que el ordinario y que habiendo necesidad de 3 libras de sémola por cada 100 de harina, la panificación Palau cuesta el valor de 7,30 raciones mas que la ordinaria. Deduciendo estas 7,30 raciones de las 7,39 que se aprovechan mas en el nuevo método, resultaria que la invención dejaria una ventaja de solo 29 céntimos de ración en cada 100 libras. Pero el señor Palau contesta á estos datos en primer lugar que su método no necesita mas combustible que el que hoy se emplea, aunque el ensayo en pequeño no haya necesitado, y en segundo lugar que tampoco es indispensable la sémola, porque puede hacerse el pan sin ella.

Creemos, en efecto, que en un ensayo en pequeño puede, relativamente hablando, gastarse mas cantidad de combustible que la que se gastaria en la práctica del procedimiento en grande escala; mas si la sémola no

era necesaria, ¿por qué hizo el señor Palau el ensayo con ella? ¿No veía que había de tomarse en cuenta después para disminuir las ventajas de su invención?

De todos modos siempre queda un beneficio por el método del señor Palau, y creemos que sus esfuerzos merecen la pena de que se haga otro ensayo dirigido á comparar coste con coste, y sin la sémola que hace subir á 2 rs. 19 céntimos mas por 100 libras de harina el del nuevo invento. Si este otro ensayo sale bien, tendremos dos resultados á cual mas importantes: 1.º que con menos harina que antes se hará mas pan; 2.º que se hará á menos coste.

Por lo demás, aun cuando el coste fuera igual, siempre se habría hecho acreedor á gratitud el señor Palau por haber descubierto el medio de aprovechar la harina para sacar de ella mayor cantidad de sustancia alimenticia.

Circulan hace dias en Madrid dos ediciones, una en español y otra en francés, del primer número del boletín mensual de la sociedad de la *Lengua universal*, que contiene una introducción escrita por don Francisco Martínez de la Rosa, y el programa de la sociedad por don Ramon de la Sagra. Según en él puede verse no se trata de establecer una *lengua universal*. Semejante pensamiento es declarado absurdo por los mismos que dan este título á su sociedad y á su boletín. De lo que se trata es de formar una *lengua internacional no vulgar*, una lengua que se hable solo entre la gente instruida de las diversas naciones. Una duda se nos ocurre como profanos: ese boletín, ¿no debía estar escrito en la lengua nueva cuyos autores se proponen hacerla universal aunque no sea mas que entre los sabios? Proponerse hacer una lengua internacional, y no usarla, nos parece una contradicción. Es verdad que si los autores de la lengua universal la usasen, todo el universo incluso ellos se quedaría en ayunas de lo que querían decir: pero en esto debe de consistir la universalidad de esa lengua, en que sea universalmente desconocida, de tal suerte que cuando sus sabios inventores deseen que les comprendan los profanos y comprenderse á sí mismos, tendrán que escribir en español ó en francés.

Se ha hablado mucho estos dias de un suceso singular ocurrido con motivo de la representación de *El Hijo de don José*, linda zarzuela de que ya hemos tratado otra vez. En ella hay dos oficiales, el uno de reemplazo y el otro en espectación de retiro, que lo mismo que sus oficiales podrían ser frailes, sangradores ó marmirones, pues la profesión nada hace al argumento de la pieza. Dicen que son oficiales como pudieran decir cualquiera otra cosa ó no decir nada. Además en toda la zarzuela hay espresion alguna ni situación en que se ridiculice á ninguna clase de la sociedad ni menos á la de oficiales del ejército. Sin embargo, refiere un periódico que dos de estos se habian presentado á Salas exigiéndole que variase los destinos á las dos personas de la zarzuela, y que el señor Salas, de acuerdo con el autor, los hizo albéitares en una de las últimas noches, como pudiera haberles hecho médicos, sacristanes ó sepultureros. El autor de la zarzuela, que es el señor Frontaura, ha escrito un comunicado manifestando, que los oficiales á quienes se había aludido no habian tenido exigencia ninguna, sino que solamente habian espresado un deseo y hecho una súplica: lo cual varia enteramente los términos de la cuestion y su importancia; pero de todos modos, noticioso el gobernador de Madrid de la variación hecha sin su conocimiento ni el de la censura, impuso al empresario de la zarzuela 200 reales de multa.

Era tan insignificante la circunstancia de que fuesen una cosa ó otra los tales personajes de la pieza, que el público no habría notado tal vez la variación si no se hubiese esparcido el rumor á que hemos aludido al principio; pero el señor duque de Sexto ha hecho bien en mandar reponer las cosas como estaban, porque aprobada una obra por la censura legal, nadie tiene autoridad para suprimir de ella pasajes ni espresiones que la censura y el gobierno han juzgado perfectamente inofensivos. Lo contrario sería dar una lección á la autoridad; y si los individuos de cada una de las clases á que casualmente pueda hacerse referencia en una zarzuela acudiesen á Salas, si por ejemplo, después de los oficiales hubieran venido los veterinarios, y hubieran hecho convertir á los personajes en barberos; y luego los barberos salieran reclamando sus privilegios y los hicieran convertir en sastres, y luego los sastres en alguaciles, y los alguaciles en ministros, en duques ó en principes; ¿á dónde iríamos á parar? No sería posible representar ni dramas, ni comedias, ni teatros.

Por lo demás ninguna otra novedad ocurre.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

VERA-CRUZ Y SAN JUAN DE ULUA.

Al otro lado del Atlántico hay una ciudad famosa situada en las mismas playas por donde Hernán-Cortés invadió el imperio poderoso de Motezuma. Allí los conquistadores plantaron por primera vez el signo de nues-

tra civilización y de nuestras creencias, y llamaron la Vera-Cruz á la población que en aquel sitio levantaron: allí fue donde el intrépido capitán, gloria de España, mandó quemar las naves que le habian conducido, para obligar á sus compañeros á vencer ó morir en la ardua empresa. Al rededor de aquella población la llanura se presenta árida y desolada; la vista no encuentra hoy mas que restos de una grandeza perdida; el pié no tropieza sino en ruinas; sin embargo, es bella todavía esa ciudad arruinada, con sus blancas azoteas, sus calles tiradas á cordel, sus casas, del centro de cuyas fachadas se destaca el antiguo balcón español, sus iglesias del siglo XVI y sus recuerdos de pasada opulencia.

Su puerto, formado por una red de islotes arenosos y de arrecifes madreporicos, es poco seguro, y aun peligroso cuando soplan los vientos del Norte: y no hay en ciertas estaciones del año foco mas funesto de fiebre amarilla que el recinto de sus murallas.

Vera-Cruz fue célebre como Cartago y como Tiro por su comercio, sus riquezas y su lujo: Cádiz la tuvo por sucursal, y llegó á ser el único anillo de la cadena que unía á Sevilla con Méjico, viniendo á desembocar por ella todos los tesoros de Nueva España. Su esplendor se eclipsó durante los vaivenes de la independencia y de la república, pero aun conserva su importancia como llave de Méjico, arteria principal de su comercio, y punto de reunion de los pabellones de las naciones civilizadas.

Considerada aisladamente esta ciudad, no es capaz de ofrecer una larga resistencia á un enemigo, y así es que jamás se pensó en rodearla de fortificaciones de importancia. Por la parte de tierra no tenia mas que un muro sencillo aspillero y flanqueado de bastiones ruinosos, á cuyo pié la incuria mejicana habia dejado amontonar la arena hasta el punto de hacer la entrada fácil por muchos puntos. Solamente en la última lucha entre Juárez y Miramon, aquel hizo reparar los destrozos para sostener el sitio que este puso á la ciudad; pero Vera-Cruz hubiera sucumbido á no ser por los desastres marítimos que Miramon sufrió y le obligaron á levantar el sitio.

Por la parte del mar es menos espugnable. Edificada en una playa semicircular, ofrece la figura de un arco de círculo cuya cuerda está formada por la línea de la playa. A los extremos de esta cuerda se han levantado dos fuertes que defienden la entrada del muelle. La verdadera protección de Vera Cruz está en el castillo de San Juan de Ulúa; pero como este castillo la domina completamente, el que de él se apodera, es dueño también de Vera-Cruz.

San Juan de Ulúa en su parte esencial es un trapezio con bastiones irregulares, situado sobre el arrecife de la Gallega, en frente y á novecientos metros de distancia de la entrada del muelle: el mar le rodea por todas partes, y sus fundadores se propusieron al construirlo dominar á Vera-Cruz, y al mismo tiempo tener á raya á cualquiera escuadra que á viva fuerza tratase de penetrar en la rada. El frente que mira á la ciudad se compone de una cortina y dos bastiones, cuya artillería puede destruir en breve las casas: la cresta del parapeto está á treinta piés sobre el nivel mar. El frente opuesto domina el islote en que se asienta el castillo, el arrecife y la alta mar: en medio de su cortina se halla la puerta de entrada. El arrecife es vadeable, y para defender sus aproches se han construido varias obras exteriores notables, entre ellas una media luna de reducto interior rodeada de agua, que cubre la puerta y se comunica con ella por un puente levadizo. A derecha é izquierda hay dos fuertes reductos, también rodeados de agua y unidos por puentes levadizos al camino cubierto; y por último, delante de los pequeños frentes de estas obras se han construido dos baterías rasantes.

Es, pues, la fortaleza de San Juan de Ulúa la mas formidable de todo el litoral, el orgullo, y digámoslo así, el Gibraltar de la república mejicana.

Los mejicanos en 28 de noviembre de 1838 la entregaron á los franceses después de una resistencia que admiró á estos por su debilidad.

En 17 de diciembre de 1861 fue evacuada sin resistencia alguna delante de la primera division de la escuadra española mandada por el general Gasset.

DE LOS ALIMENTOS EN DIFERENTES

PAISES.

Aunque el hombre en general coma de todo, nada habría sin embargo mas difícil que persuadir á un individuo determinado, civilizado ó bárbaro á que gustara un nuevo alimento. El primero que comió ostras fue un hombre muy atrevido. Cuando el capitán Cook visitó por primera vez las islas de Sandwich, convidó al rey de Owyhee á comer con él y S. M. fue escitado á empezar su comida con un bocado de pan, alimento enteramente nuevo para él; apenas le habia tomado cuando le arrojó con todas las señales de disgusto y rehusando los placeres, del resto de la comida, se volvió á tierra á tomar su acostumbrado perro asado y su pescado podrido. Los japoneses rehusan la carne de vaca y

la leche pero comen ratones. Los habitantes de la Nueva-Holanda se sacian de tiburón pasado, aceite rancio de ballena y gusanos, pero miran con horror el frugal almuerzo de pan y manteca que hace el hombre blanco. Los negros de América se regocijan con las delicias de comer las serpientes asadas y con los gusanos de un dedo de largos de la palmera, fritos en su propia grasa; pero su estómago delicado se rebela ante la idea de un conejo guisado. Los groenlandeses beben aceite de ballena; los barotses son muy aficionados al cocodrilo asado y el doctor Livingstone cuenta que vió á un africano amigo suyo, hacer con mucha satisfacción una cena compuesta de un topo y dos comadrejas.

Sir J. Ross dice que un esquimal tomará veinte libras de alimento y de aceite por dia. La ración de un tunguso es de cuarenta libras de carne de renjifero; y un almirante ruso vió á tres yakutes que se comieron un renjifero en una sola comida. Un viajero que visitó la Nueva-Zelanda, cuenta que vió á dos naturales de esta isla de los Caníbales, ir á la playa después de una cena abundante y concluir el esqueleto medio podrido de un tiburón. El capitán Sturt, el explorador de la Australia vió á un habitante de la Nueva-Holanda, comer de una vez un centenar de gerbos de una sola vez; los colocaba durante algunos minutos bajo la ceniza y con el pelo medio quemado los cogía por la cola y los iba comiendo uno tras otro; cuando hubo comido una docena de ellos se metía las doce colas en la boca y las saboreaba con descanso.

Es un hecho notable el que las naciones mas civilizadas son las mas liberales en su gusto gastronómico. Al lado de los chinos, cuya exagerada civilización les permite tolerar los huevos medio empollados, las nadaderas de tiburón y la sopa de nidos de un pájaro llamado tonquin, están los franceses y después los americanos. ¿No es efectivamente una prueba de verdadera civilización esta tolerancia que no rehusa nada de lo que es puro y saludable? ¿Qué injustas preocupaciones no han desechado los viajeros modernos? El doctor Shaw ha probado la carne de león cuyo sabor le ha parecido igual al de la de ternera; el doctor Darwin se ha apasionado por la carne del puma ó león de la América Meridional; el doctor Brooke ha encontrado la grasa de oso derretida no solamente agradable sino deliciosa; Hipócrates y el capitán Cook afirman la excelencia del perro; y aunque el filósofo de Cos le recomienda cocido, todo el que le ha probado conoce la superioridad que tiene asado. Mr. Bucklands probó el boa constrictor y vió que su carne era extraordinariamente blanca y suave y muy semejante por su sabor á la de ternera. Sir Roberto Schomburg halló muy agradable el mono, aunque antes de la disección le parecía un niño y Gordon Cumming elogia mucho el asado de piés ó de trompa de elefante.

No mencionaremos aquí ciertas comidas de los antropófagos de la Nueva-Zelanda; pero citaremos el plato de hormigas encarnadas de los habitantes de Birmah, (las cuales dicen que tienen una acidez agradable cuando están bien preparadas), el pastel de loro de Río-Janeiro las comadrejas asadas del Malabar y el frito de jibia de la isla Mauricio. El célebre Soyer solía decir que la civilización y el arte culinario avanzaban á la par, y puede asegurarse que á medida que se desarrolla la inteligencia en el hombre su estómago se hace menos delicado. Un hombre delicado, dice Swift, es un hombre que tiene ideas obscenas, y si como afirma Montesquieu puede haber razones válidas para no comer puerco, seguramente las habrá también para comer girafa, alpaca, caballo, etc. El francés de las Antillas goza con el guano, lagarto repugnante y rehusa la carne delicada y semejante á la de puerco, del aligator ó cocodrilo. Nos reímos de los isleños del mar del Sur, que llenan un pedazo de piel de gamo con plantas marinas y le cuecen para comida y es sabido que en 1851 cuando la gran Exposición de Londres, hacían gelatinas con las pieles de búfalo, de oveja y de ternera hasta el punto que el precio de estos artículos subió considerablemente en todos los puertos. Las anguilas es un manjar favorito de todos los gastrónomos, pero la serpiente de cascabel no sería aceptada ni aun con el nombre eufónico de animal músico. Durante el hambre de Irlanda aunque los naturales del país se hallaban reducidos al último extremo de la miseria, rehusaban la harina de cereales. Ninguna nación civilizada admite el perro ni el gato como artículos culinarios aunque estos animales se alimentan de cosas limpias, y hacen sin embargo un gran consumo del puerco que es el mas inmundo de los animales. Los pollos y los pichones son delicias de las mesas, pero nadie desea cornejas que son aves mas limpias que estos. Los ingleses no comen ardillas y sin embargo, á los anglo-americanos se les hace la boca agua con solo mencionar el sabroso guisado de ardillas. Estas contradicciones respecto al alimento son infinitas y sucede con mucha frecuencia que impiden el bienestar del viajero preocupado.

Es curioso el mencionar las diferentes partes que se comen en los animales. Cabeza de carnero, cabeza de pichon, cabeza y sesos de ternera, cabeza de vaca, etc. lengua de vaca, lengua de renjifero, lengua de vaca marina, lengua de grulla; lengua de carnero y lengua de cerdo.

En la China, las lenguas de las aves son un alimento

muy estimado; los chinos comen tambien con placer el estómago y las nadaderas de tiburones y en Siam los nervios de algunos animales son un bocado exquisito. La cola de carnero y la de cerdo son de un uso comun; los habitantes de la Australia comen con gusto la cola de kanguru, y los norte-americanos la de castor; los boers del Africa Meridional hacen un manjar delicioso con la cola grasienta de sus carneros, que durante su vida la arrastran en una especie de carretón y que despues de muertos la derriten para manteca ó la comen preparada de cierto modo. En Honduras la cola de la vaca marina es un plato excelente para las mesas, aunque los que la comen por primera vez no quieren ciertas partes del animal por su gran semejanza con el hombre. La vaca marina tiene manos y lleva al pecho sus hijos como lo haria una mujer. En la isla de Juan Fernandez se cogen anualmente algunos millares de cangrejos de mar cuyas colas secas se sirven en las mesas de Valparaiso. Algunos viajeros han encontrado muy agradable la lengua del leon marino. Las nadaderas de tiburón se estiman de tal modo para sopa en China que anualmente se importan de diez á quince mil quintales de varios puntos de la India; cuarenta mil tiburones se cogen cada año á lo largo de Kurrachee cerca de Bombay para quitarlos las nadaderas que es lo único que se toma de ellos; generalmente los cogen con redes, pero segun el doctor Ruschenberger los naturales de la isla de Bonin han adiestrado sus perros á la pesca y él mismo vió dos de estos animales arrojar al agua, coger cada uno la nadadera de un tiburón y traer á este á tierra á pesar de su resistencia.

En las regiones árticas la alimentacion presenta serias dificultades, y aun el beber agua es un lujo inusitado que indica que hay fuego. El vaso se queda frecuentemente pegado á los labios por el hielo y es muy fácil hacerse pedazos un diente tratando de morder algun alimento. Se toma la racion diaria de rom del buque y hay que preguntar de qué modo debe morderse el brandy y el agua solidificados. Los groenlandeses encuentran necesario no solamente el coger su pescado sino el deshelerle antes para poder prepararle. ¡Cuán agradable debe ser entonces para los esquimales el sebo de la vela, cuando habiéndole tomado, llevan la torcida de la misma vela en la boca para extraer de ella las partículas de grasa que quedan! El alimento mas delicado para un groenlandés es la cola de ballena medio podrida; despues de esto está la parte gomosa del mismo animal, que los tuskis llaman su azúcar y que un oficial inglés dice que es deliciosa y que se asemeja mucho al queso de nata. El doctor Kane era entusiasta del hígado de ternera marina y declaraba que el lechón asado no podia compararse á este alimento crudo; pero el doctor se admiraba de que el pueblo inglés no comiese la vaca cruda y esto hace dudar de la excelencia de la comida de los esquimales. La carne de ballena es de un encarnado oscuro y áspera; los balleneros viejos la comen frecuentemente, pero tiene un sabor rancio que la hace desagradable para un paladar delicado.

Volviendo á las regiones mas templadas, hallamos que el perro es el alimento favorito no solo de los habitantes de Sandwich sino de los chinos, que generalmente le engordan para comerle, y de los africanos de Zanzibar para los que un guisado de perros pequeños es una excelente comida. En Canton los cuartos traseros de perro son colocados en las carnicerías al lado de los cuartos traseros de cordero, pero vendidos á un precio mas alto que estos. Un viajero que visitó las islas Sandwich dice: «A cada lado de la mesa habia un plato de perro joven, cuya carne tenia para mí el mismo sabor que el que podemos creer que resultaria de la mezcla de lechón y cordero.» El modo que tienen de condimentar los lechones y los perros en estas islas, contribuye sin duda alguna, á su éxito gastronómico.

Los chinos, los negros de las Indias Occidentales y del Brasil, los habitantes de la Nueva-Holanda, los esquimales y otros varios pueblos consideran las ratas y ratones como un alimento muy conveniente. En Canton el guisado de ratas está considerado igual al de cola de vaca y una docena de ratas gordas vale 40 reales. Un especulador americano estaba á punto de hacer un gran negocio, segun los periódicos de Calcuta, con el comercio de ratas saladas. La provincia de Scinda, en la India inglesa, ha estado varias veces tan infestada de ratas que se comian los granos, que el precio de estos subió un 25 por 100. El gobierno anunció que pagaria 6 céntimos por cada docena de ratas y comadrejas matadas en la provincia; el matador no tenia obligacion de presentar mas que la cola quedándole el privilegio de poder vender el cuerpo. Añadiendo á esto el alto precio que tienen las ratas en los mercados chinos, el especulador americano habia hecho sus cálculos para un monopolio que consideraba muy lucrativo y declaraba su intencion de esportar á la China como prueba 120,000 ratas.

Los nidos de la *hirundo esculenta* son un alimento tan delicioso para los chinos y los habitantes de Cambodje, que los mas finos y blancos se pagan en Canton á casi el doble de su propio peso de plata; estos nidos se encuentran principalmente en las cavernas de las costas de Jav y de las islas vecinas. Por la parte exterior son blancos con una tinta encarnada; su tamaño es el de un huevo de ganso poco mas ó menos; tienen el grueso

de una cuchara de plata y pesan de un cuarterón á onza y media. Los que están secos, blancos y claros son los que mas valen. Se sacan de las cavernas dos veces al año y con mucho peligro de los que los cogen; la entrada en la caverna en esta ocasion va acompañada de varias ceremonias estrañas y supersticiosas. Los nidos mejores son enviados á Pekin para la corte del Celeste Imperio; en Canton adonde cada año llevan unas doscientas cincuenta mil libras, se pagan no menos de 80,000 reales, por un peso del país equivalente á ciento treinta y tres libras y media. El prepararlos para servirlos en la mesa es una tarea pesada y trabajosa; hay que quitar primero con todo cuidado cualquiera paja, pluma ú otra impureza que se encuentre y luego despues de innumerables lavaduras, el nido queda hecho una especie de gelatina que sirve para espesar las salsas.

Los huevos son una comida comun á todos los países; Inglaterra tiene fama de ser la nacion que mas huevos consume, porque además de los que hay en el país, cada año recibe 130.000,000 de ellos de Francia y 150.000,000 de Irlanda; en Francia se consumen tambien muchos y España es indudablemente uno de los países que mas consume aunque no es fácil fijar su número ni aproximadamente. En China los huevos de pato son un artículo de mucho consumo; los conservan con una mezcla de sal y de tierra de ocre encarnado; pero los chinos y los dyaks de Borneo se cuidan poco de su frescura; el gallinero chino es saqueado indistintamente y los huevos medio empollados se aprecian como un alimento muy agradable.

Los mejores huevos son los de avestruz; el contenido de uno de ellos equivale al de veinte y cuatro de gallina comun; el nido que no es mas que un hueco en la arena contiene veinte y cuatro huevos. El mejor modo de prepararlos es colocarlos de punta en la ceniza caliente, hacer un agujero en el extremo superior y meñar el contenido con un objeto cualquiera en forma de palo hasta que se haga una tortilla.

En algunas islas del Mar Pacífico son muy estimados los huevos de lagarto; en las Indias Occidentales se consideran como muy delicados los del guana. Los huevos del aligador se comen tambien en algunas de las Antillas. Los de tortuga son muy estimados, tanto de los europeos como de otros pueblos. Los indios del Orinoco sacan de estos huevos una especie de aceite claro y dulce que usan en vez de manteca.

La tortuga es un alimento usado hace poco tiempo; á principios del siglo último no se comia mas que en la Jamaica; en el dia los ingleses y otros pueblos hacen mucho uso de la sopa de tortuga.

Los galápagos se comen en algunos puntos; en España se suelen comer aunque en pocas partes y en tiempo de los frailes los comian en algunos conventos, cuya regla les prohibia la carne y otros manjares.

Los cangrejos son un alimento muy general por el que los ingleses y los americanos tienen una gran predileccion; pero no comen langostas aunque muchas tribus se alimentan de ellas y todos los viajeros que las han probado afirman que es una comida que se puede usar; el cangrejo come las cosas mas sucias al paso que la langosta en general se alimenta principalmente de sustancias vegetales frescas.

Las hormigas se comen en algunos países; las mayores las comen en el Brasil preparadas con una salsa de resina. En Africa las preparan con manteca; en las Indias Orientales las cogen en los fosos, las tuestan cuidadosamente y las comen despues á bocados como acostumbra á hacer los niños con las confituras. Un viajero dice hablando de ellas: «Las he comido varias veces de este modo y las creo delicadas, sanas y nutritivas; son algo mas dulces, aunque no tan blandas ni tan pesadas como los gusanos ó las orugas de palmera que se sirven en todas las mesas de lujo de los gastrónomos de América, particularmente en las de los franceses, como el manjar mas exquisito del Nuevo-Mundo.» Un plato de huevos de hormiga es una cosa del mayor lujo en Siam, y en Méjico desde tiempo inmemorial el pueblo come los huevos de un insecto acuático que abunda en las lagunas de la ciudad.

El habitante de Ceilan come las abejas despues de robarlas la miel; los bushmanos de Africa comen todos los gusanos que encuentran; los habitantes de la Australia comen tambien gusanos, y los chinos que no desperdician nada, comen la crisálida del gusano de seda despues de sacar la seda del capullo.

Los bushmanos del Africa y los salvajes de la Nueva-Caledonia son muy aficionados á las arañas asadas; este gusto tan singular no es desconocido en Europa. Reaumur cita una señorita que acostumbraba á comer todas las arañas que podia coger. Lalande el astrónomo francés era tambien aficionado á ellas y un alemán acostumbraba á estenderlas en su pan en vez de manteca.

Las ostras se comen en muchos países, pero los americanos son los que consumen mas de ellas; una hembra produce anualmente 8.000,000 de otras.

Los caracoles son un plato muy estimado en Europa; los franceses y españoles consumen muchos, pero los habitantes de Viena son los mayores aficionados del mundo. Setenta mil libras de caracoles se esportan anualmente de la isla de Creta. En la costa del Cabo

hacen sopa con un gran caracol que hay en Africa y que llega á tener una longitud de ocho pulgadas. En Inglaterra la sopa de caracoles está recomendada á las personas atacadas de consuncion.

A.

DON DIEGO DE SILVA Y VELAZQUEZ.

I.

La monarquía austriaca, en su rápida decadencia, consumia entre festines los tristes restos de su vida. A Felipe III habia sucedido Felipe IV, que, á los 16 años de edad, regia el cetro de dos mundos. El Buen Retiro era el teatro de su gloria: el conde-duque su consejero y valido; y mientras que un niño y un desacordado magnate empuñaban con flaca mano las riendas de la Monarquía, obedecia Francia á un genio superior que preparaba una liga formidable contra la península. La tregua de doce años concertada con los Países-Bajos estaba próxima á espirar, y aunque la prudencia aconsejaba abandonarlos, el orgullo español no se resignaba á perder las presecas ganadas por sus inmortales tercios. Entonces rompió Inglaterra con el gabinete del Escorial; Richelieu aprovechó la coyuntura para lanzar al campo sus huestes; perdimos el Artois y la Cataluña; la fortuna nos abandonó tambien en los campos de Flandes; desprendióse Portugal de la monarquía y subió al trono de Lisboa la casa de Braganza.—Al comparar nuestra grandeza anterior con las miserias de tan calamitoso reinado, desconsuela y aflige, aun visto á tan larga distancia, el espectáculo de ese inmenso derrumbamiento.—

Pero si no alcanzó á contener la monarquía en la pendiente que la arrastraba hácia su ruina, Felipe IV favoreció á lo menos las bellas artes y protegió magníficamente el ingenio.—La dinastía austriaca, próxima ya al sepulcro, se despedia del mundo con banquetes y fiestas. El Buen Retiro reemplazaba á los campos de Flandes; á los botes de lanza el Madrigal y el Soneto.—Aquella sociedad ofrecia un aspecto singular: no habia en ella academias, ni liceos; los grandes solian ser Mecenas generosos; el mercantilismo no habia aun profanado las letras; el monarca tenia aficion y tiempo para el cultivo de las musas; la política no ahogaba con su gárrulo prosaismo el sentimiento de lo bello; no distraian la atencion general sucesos estraños; la *Gaceta* era un papel exiguo que leian pocas gentes; no habia cafés, ni casinos, ni mas reuniones que las del templo ó la comedia; y en medio de esa bucólica tranquilidad, solo interrumpida por los chismes de corte, dominaba única, exclusiva, sin rival, una inteligente aficion á las Artes y Letras.

II.

Tal era la corte en que se presentó por primera vez el novel pintor don Diego de Silva Velazquez. Rico de ingenio, joven, instruido, y con las ventajas de sus blasones noviliarios, no tardó en conquistar el mejor sitio entre aquella falange de cortesanos y artistas. Precediale una gran reputacion de pintor que le abrió de par en par la puerta de dos magnates. El conde-duque satisfizo su vanidad, haciéndose retratar á caballo por el pintor de Sevilla; y este lienzo, que hoy se admira en el Museo Real, ha conservado la fiel imagen del valido. Aunque Velazquez no hubiera dejado otra joya, le daria esta un asiento en el gran Senado de las Artes.

Pero á su mano se debe el retrato de Fonseca, no inferior en mérito al del orgulloso ministro. Estos retratos le abrieron las puertas del palacio, donde penetró llevando por guia la fortuna.

III.

Si Velazquez veia colmados sus deseos, el monarca se congratulaba de haber hecho una adquisicion brillante. Los retratos que hoy gozan de tan alta reputacion, reunian en aquel tiempo el atractivo de la moda. Un buen retrato era un suceso de actualidad que ocupaba durante muchos dias la atencion de la corte. Velazquez hizo el de S. M. á caballo y obtuvo licencia para esponder su cuadro al público. El lienzo estuvo colgado en la calle Mayor, frente á las gradas de San Felipe Neri. Allí acudia el pueblo entero de Madrid á contemplar las facciones de su joven monarca, cuyo nombre asociaba la admiracion general con el del hábil y felicísimo artista. Tres semanas duró aquella inmensa ovacion que grabó el nombre de Velazquez en la estimacion pública, dando al favor de que disfrutaba en la Cámara real la sancion popular que no ha perdido desde entonces.

La corte no sabia cómo espresar su admiracion. El conde-duque mandó recoger todos los demás retratos del monarca; declaró que en adelante solo le retrataria Velazquez: se espidió á este el título de primer pintor de Cámara (dia último de octubre de 1623); se le asignó un salario crecido para aquellos tiempos (20 ducados al mes, obras pagadas, médico y botica). Otorgóle

además el rey una pensión de 300 ducados, en que tuvo dispensa de S. S. el papa Urbano VIII (1626); dióle despues otros 300, como ayuda, y la merced de aposento que valia 200 ducados anuales.—

Estos pormenores los narra con candorosa exactitud el buen Francisco Pacheco en su *Arte de la Pintura*. De allí los ha tomado casi literalmente Cean Bermudez en su excelente *Diccionario histórico* de los mas ilustres profesores de las bellas artes en España.

IV.

Diego de Velazquez, como todos los grandes pintores, al estender su vuelo, fijó la vista en Italia.— Aquel país, privilegiado por Dios, es el Museo del mundo y la escuela clásica de la belleza. Ningun artista, de cuantos han legado su nombre á la historia, ha dejado de visitar, si quier en sueños, á la Atenas

moderna. ¡Tierra feliz que sirve de mansion á las Artes y que es la cuna del patriotismo y del derecho.

Esta afición, innata en todos los grandes artistas, se acrecentó en Velazquez por una coincidencia dichosa. Pablo Rúbens, que residia entonces en Madrid, trabó íntima amistad con el joven pintor sevillano. Estos hombres habian nacido para entenderse: los dos estaban animados por el fuego sagrado del genio; los dos habian cultivado con éxito las letras;



JACOB LUCHANDO CON EL ANGEL. (CROQUIS ORIGINAL DE DON VICENTE LOPEZ.)

los dos habian perfeccionado con la educacion sus instintos.

Rúbens tenia dos raras circunstancias: como artista era el primero de su siglo: como diplomático es una gran figura en su tiempo é interviene en las mas arduas negociaciones. Este hecho le da una ventaja inmensa como artista, estableciendo una relacion entre su grandeza personal y la de sus cuadros. ¿Quién sino él, que habia frecuentado las Cortes y vivido familiarmente con los mas altos personajes, habria podido copiar con tan sorprendente verdad los esplendores que nos admiramos en sus lienzos?—Velazquez estaba en situacion parecida: á su nobleza personal agregaba una educacion esmerada; y su íntimo trato con los magnates del tiempo le daba la elevacion que se manifiesta en su estilo.—Entusiasmado por sus conversaciones con Rúbens, emprendió al fin su viaje artístico á Roma.

V.

Al poner el pié en aquella clásica ciudad y contemplar sus maravillosos tesoros, sintió Velazquez esa

profunda conmocion que se experimenta ante las verdaderas grandezas. Pero, aunque absorto y seducido por aquellas obras inmortales, no renuncia Velazquez á la individualidad de su genio. No busca la belleza en la idealizacion del modelo humano; no se entrega tampoco á concepciones fantásticas: acepta la verdad como se presenta á sus ojos y permanece severamente fiel á la escuela *realista*. No lo subyugan las angélicas bellezas de Rafael ni el místico pudor de sus vírgenes ideales: prefiere la naturaleza, llena de savia y energía, y la copia fielmente en sus inimitables lienzos.

Entonces pintó las *Fraguas de Vulcano* y la *Túnica de José*, que son tal vez los mejores cuadros de la escuela española: hizo su propio retrato que envió á su suegro Pacheco; copió al lápiz el *Juicio final* y *Las Lochas*, y estudió asiduamente las obras maestras de pintura que enriquecen las paredes del Vaticano.—El papa Urbano VIII, para honrar mas á su huésped, le habia destinado una habitacion en su propio palacio, con lo cual pudo aprovechar mejor el tiempo y ejecutar en solo un año esa enorme suma de trabajo.

VI.

Pero el monarca español contaba las horas de su ausencia y le envió al fin órdenes terminantes para que regresase. Velazquez no se detuvo mas tiempo que el preciso para ir á Nápoles y conocer á Rivera.

Allí se vieron y trataron esos dos grandes hombres tan diferentes en carácter moral como en estilo.—Si Rivera se resignó á hacer justicia á un rival, Velazquez concibió una aversion profunda al hombre.

Llegado á Madrid encontró al rey impaciente.—«No he permitido, le dijo, que nadie sino tú me retrate» y le dió á besar la mano con cariño colmándole de parabienes y elogios.—Instalado Velazquez en la habitacion que tanto habia echado de menos en su largo viaje, se consagró á trabajar asiduamente en presencia del rey, y los individuos de su familia.

Entonces ejecutó esa larga serie de retratos que adornan hoy los principales museos de Europa.

Felipe IV pasaba horas enteras en compañía de su pintor. Un día lo encontró retratándose á sí propio, y

tomando el pincel, como para terminar un boton, pintó una cruz de Santiago en el pecho de Velazquez.

VII.

Aquí debía comenzar para este esa vida agitada que abrevió y puso término á su noble carrera.

Felipe IV, que á su cualidad de Mecenas reunia la de picar algo en artista, tenia una decidida predileccion á la pintura, que absorbía la mayor parte de sus ocios. Así que abrigaba muchos años antes la noble idea de fundar una escuela de Bellas Artes.

En 1650 se decidió á realizar su pensamiento, y encargó la ejecucion á su pintor favorito.—Para desempeñar cumplidamente su arduo empeño, emprendió Velazquez su segundo viaje á Italia.—Allí compró cuadros, estatuas, medallas y modelos en yeso, de las mas bellas esculturas que enriquecian los museos y templos.—Cuando regresó á Madrid, el pueblo entero lo acogió con entusiasmo: y Felipe IV en recompensa de este servicio le hizo mercedes de que no habia ejemplo hasta entonces en una córte aristocrática y altanera.—Velazquez habia tocado la cumbre del favor á que ningun artista habia alcanzado nunca en España.

Pero la Providencia habia señalado un próximo término á su vida. Su salud empezó á resentirse en este último viaje: el ardor con que se consagraba al estudio, la habia alterado durante su primera estancia en Roma.—Los trabajos inmensos de esta segunda comision, reprodujeron con mayor intensidad sus dolencias.—

La vuelta á Madrid y los halagos de la córte, disiparon al parecer el peligro; pero conservó escondido el germen fatal que minó lentamente su existencia.

VIII.

Pocos años despues se verificó la entrevista del monarca francés y el español. Tuvo esta lugar en la isla de los Faisanes. Velazquez fue el encargado de decorar este célebre sitio que no tardará en desaparecer, gracias á nuestra incuria. La pequeña isla que formaban dos brazos del Visadoa, y en la cual se concertó el famoso tratado de los Pirineos, no es hoy mas que un mezquino peñasco casi imperceptible á la curiosidad del viajero. Y sin embargo, allí se estipuló el casamiento de una infanta española con el monarca mas poderoso del orbe, y se celebró uno de los conciertos mas influyentes en los destinos futuros de la monarquía.—Las fatigas del viaje exacerbaban los males de Velazquez, y dieron fin á su vida en 1660.

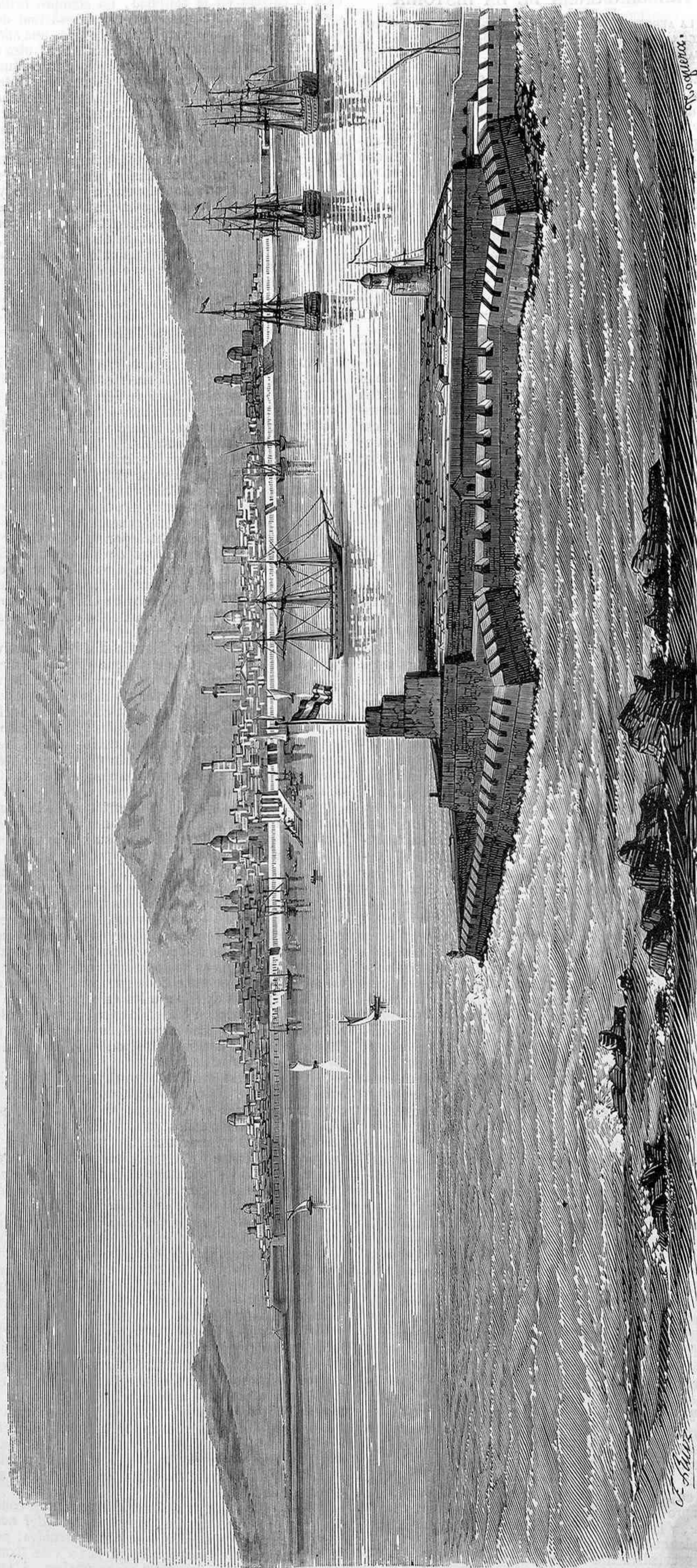
IX.

Si en el contesto de esta rápida biografía se encuentran los principales sucesos de la vida de Velazquez, quedaria incompleto nuestro débil trabajo, si no dijéramos alguna cosa de su influjo en el arte.—El papel que Velazquez desempeña en la historia de la pintura española, no consiste únicamente en la popularidad de sus obras: su nombre tiene además otro valor que consiste en ser el jefe de una escuela; en haber estudiado profundamente el arte en Italia sin repudiar por eso la peculiaridad de su estilo; en haber sorprendido los secretos de los grandes maestros, haciéndolos desaparecer en el crisol individual de sus métodos. Velazquez es uno de esos genios poderosos que han buscado y hallado la belleza en la realidad misma. No es el creador de la escuela natural; pero es uno de sus mas dignos representantes.—Es inmejorable en el manejo del claro oscuro, y sus cabezas no tienen rival en parte alguna.—

Ahora bien; no podemos terminar este ensayo sin decir algo sobre el carácter general de la época.—Felipe IV es el Luis XIV de España, salvo la grandeza personal y lo glorioso de sus hechos; pero su proteccion alienta á los muchos artistas que forman el siglo de oro de la pintura española. Velazquez, Zurbaran, Murillo, Alonso Cano y otros varios, perpetuarán su memoria en los anales de las artes.—¿Debióse esto únicamente á la proteccion del rey ó fue un hecho nacido del acaso?—¿Es la paz condicion necesaria del desarrollo de las artes y letras?—A estas preguntas da respuestas diferentes la historia.

En general el estrépito de las armas no halaga mucho el sensible oido de las musas. Ofenden su pudor y alarman su castidad, la licencia del cuartel y las franquezas del campamento.—Pero hay sin embargo épocas agitadas que dan vida y calor á grandes concepciones del arte. Milton escribe su poema entre el clamor de las facciones é inflama su fantasia con resplandores sinietros. Dante agranda su númen con los rencores de partido. Cervantes escribe su *don Quijote* en la cárcel. Perez de Hita, Garcilaso, Ercilla y otros muchos, beben su inspiracion entre el fragor de las batallas. Homero es el *Trovador* de los tiempos fabulosos. A todos ha servido de musa el tumulto.—¿Por qué se ha de creer inseparable la paz del cultivo de las artes y letras? Pericles, Augusto, Luis XIV, que se citan á cada paso, no pueden compararse con otras épocas de mayor tranquilidad é infecundas.—¿Qué se deduce de aquí?—Que el hecho es hijo en gran parte del acaso; que un siglo debe su vida y fama á un solo genio; y el genio como las flores brota espontáneamente en el campo; es el oasis que aparece de pronto en el desierto.

RICARDO DE FEDERICO.



VISTA DE VERA-CRUZ Y SAN JUAN DE ULUA.

TRASCENDENCIA DE LA HISTORIA

Y DE LA ARQUEOLOGÍA, É INTERÉS DE LOS MONUMENTOS, CON ALGUNAS OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LAS CORONAS DE GUARRAZAR (1).

«El estudio de los monumentos, como dice el señor Janer en un artículo recién publicado, menos espuesto á dudas y contradicciones que el de la historia, establece el cuadro completo del estado social de nuestros antepasados;... aun por medio de las obras mas comunes y groseras de los hombres presenta hechos que nos guían al través de las antiguas edades; ofrece el testimonio de grandes acontecimientos, retrata los hombres célebres, ... espresa todavía mejor que la historia el origen de los pueblos, su religion ó sus costumbres, su política, su administracion, su cultura, sus progresos en artes y ciencias, la estadística moral en fin, de las antiguas sociedades... Ciertamente se requiere para tan útil enseñanza una guía hábil que abra á los ojos de la sociedad actual las vías casi borradas de las civilizaciones antiguas; porque el dominio y el estudio de la arqueología son inmensos.»

Inmenso es en verdad el dominio de una ciencia que puede llamarse hermana mayor de la historia, su compañera inseparable y su estribo mas robusto, porque es la única capaz de establecer la verdad histórica casi con la exactitud de las matemáticas. Su estudio sin embargo, diré repitiendo al citado señor Janer, es una cosa casi nueva como ciencia. Los antiguos no la conocieron: durante la edad media nadie era capaz de adivinarla; solo al renacer las artes bajo el esfuerzo de grandes ingenios, fue cuando empezó á conocerse el valor de los objetos de arqueología. Con todo, yo he visto en el archivo de la Corona de Aragon el inventario de los bienes que fueron del príncipe de Viana, en el cual hay libros, manuscritos, bustos, camafios y otras curiosidades de antigua procedencia, que si de una parte acreditan la ilustracion de aquel célebre príncipe, de otra evidencian que ya en el siglo XV habia afición á coleccionar. Los conocidos escritores don Antonio Agustin y el tarragonés Pons ó Icart, en el siglo XVI, reunieron asimismo preciosas colecciones, y á fines del mismo siglo muchos particulares tenian gabinetes monumentarios conforme hoy puedan tenerlos los mas ricos curiosos; testigo otro inventario que obra en un proceso del archivo de la Audiencia, de los bienes de Juan Cabestany, mercader, que vivia en esta ciudad, calle de la Merced y falleció el año 1592, donde se contienen medallas antiquísimas, monedas de todos los países, objetos los mas raros de orfebrería y filigrana, bufetes, sillas y otros muebles de estraña hechura, una galería de cuadros, un variado juego de tapicerías y entre otras cosas una armadura completa y un trofeo de armas en la sala principal, compuesto de cuatro arcabuces, otros tantos morriones con carrilleras de fierro, igual número de rodellas, ballestas matraceras y rolloneras, con sus respectivos carcajes y madracas, y un juego de mazas de armas, espadas y dagas del tiempo antiguo.

En los dos siglos siguientes, el gusto de los sabios y la afición de los curiosos, acreció hasta el punto de obligar á reyes y gobiernos á propagar el conocimiento de la antigüedad. Ya entonces buenos escritores habianse hecho célebres por sus investigaciones en esta especialidad, observadores profundos los unos, coleccionadores los otros, algunos hábiles orientalistas ó viajeros atrevidos, los cuales en su ardiente amor á la ciencia reunieron preciosos elementos para la futura historia arqueológica. ¿Deberé aun citar otros nombres, que están en la memoria de cuantos me oyan para ponderar el inmenso número de cooperadores de todos los países, los cuales, hoy mas que nunca, bajo el acicate de una necesidad reconocida, exploran lo pasado para levantar á debida altura la ciencia que nos ocupa?

Y con todo, señores, aunque son inmensos los trabajos realizados, poco suponen con relacion á lo arduo de la tarea. Esto se concibe fácilmente: el objeto de la arqueología es restituir en alguna manera épocas lejanas y casi ignoradas, rehabilitarlas pieza por pieza con su genuino carácter y fisonomía, á favor de las aisladas memorias que ellas mismas nos dejaron en monumentos estrañísimos, diseminados por varios sitios, ocultos á veces dentro de las entrañas de la tierra, guardados bajo el sello de un geroglífico, encerrados con claves misteriosas ó consignados en simbolos y caracteres indescifrables; y precisamente cuanto mas lejanos son los tiempos, mas difíciles se hacen las averiguaciones. ¿Concíbese el cúmulo de cualidades, de vocacion, de paciencia, de estudio que se requiere para tan ímproba é ingrata tarea? ¡Y eso que por lo comun han solido acometerla hombres de buena talla: espanta mirar solamente los gruesos folios que dejaron escritos un Bolland, un Ciocupini, un Scoto, un Muratori; asombran las inmensas colecciones reunidas en nuestras bibliotecas, para cuya sola redaccion parece insuficiente una vida bien aprovechada, cuanto mas para la aptitud de explorar, y la tarea de reunir el gran número de particularidades que contienen!

Desgraciadamente la misma grandeza de estas colec-

ciones redundan en daño de la arqueología, pues absorbida la calidad en la cantidad, no siempre brilla la oportuna lucidez, atajándose el progreso real de la ciencia. Por lo regular cada anticuario tiene una afición dominante, uno se inclina á la numismática, otro á la indumentaria, este á la glíptica, aquel á la cerámica: de aquí resultan tratados monográficos, muy interesantes en su especialidad, muy útiles para beneficiar algunos de los filones de la magna ciencia, pero inconducentes al verdadero objeto de ella, ya que andando á caza de nimiedades, piérdese de vista el objeto principal.—Los antiguos no solo fabricaban armas, muebles, telas, no solo esculpian y pintaban, no solo hablaban y escribian, no solo vivian en público y en familia, sino que á un tiempo hacian todas estas cosas; y estas cosas las hacian en diferentes sitios y épocas, ya se llamasen asirios, ya cartagineses, ya griegos, ya españoles. Asi poco vale que un autor nos desmenuce algun capítulo de esta inmensa enciclopedia, si en último resultado el edificio no sube, sobrando tal vez materiales por un lado cuando por otro faltan los precisos.

Ni han perjudicado menos al adelanto de la arqueología las erradas vías seguidas por ciertos críticos; las equivocaciones consiguientes á falta de aptitud ó de datos; el espíritu de escuela que tantas cosas basta dea; el prurito de hacinar sin método ó de clasificar por sistema; las absurdas suposiciones ó los infundados comentarios; la pedantería, la parcialidad, el capricho y la jactancia de muchos autores.

No por eso faltan generalizaciones; al contrario, las hay de sobra, mas ¿qué valor podrá dárseles para las consecuencias lógicas de la historia, cuando en su mayoría carecen, como no pueden menos, del apoyo suficiente? ¿Quién es capaz de generalizar á posteriori, mientras no se hayan agrupado por masas, ó dígase por familias, todos los pormenores de un conjunto regularizado? Si entre nosotros mismos, en sucesos contemporáneos de una sola localidad, pasan amenudo inadvertidas las causas y efectos de ellos, ¿cuánto no subirá de punto la dificultad con relacion á sucesos de otros dias?

En efecto, asi como la filosofía histórica es universal y cosmopolita, los elementos que yo echo de menos para el grandioso conjunto de la arqueología, han de allegarse de toda procedencia. Algunas naciones, como Alemania, Francia, Inglaterra, tienen mucho adelantado en la investigacion de sí propias; ¿pero acaso no merecen igual atencion aquellos pueblos que en la sucesion del tiempo jugaron un gran papel en acontecimientos generales? Citaré un solo ejemplo que nos toca de cerca.

¿Quién duda de la antigua importancia de la monarquía aragonesa? Sus glorias durante la edad media fueron las primeras de las glorias; su influjo pesó en la balanza de grandes destinos; su poder y ejemplo hicieron la ley á muchas naciones, á la vez que el habla aragonesa fijaba idiomas que hoy prevalecen en la culta Europa, las armas de nuestros guerreros conquistaban señoríos en Asia, la política de nuestros reyes imperaba de Oriente á Occidente, las leyes de nuestros magistrados servian de código universal. ¿Por qué, pues, nuestra arqueología no ha de figurar entre las primeras? En mi concepto no cabe duda que debe figurar y aun descollar; prueba de ello son los esfuerzos que de algun tiempo acá vienen haciendo para apurarla los literatos de dentro y fuera del país; pero es necesario que el país secunde estos esfuerzos poniendo en evidencia los tesoros que en sí entraña.

Tenemos buenas crónicas, pero apenas hoy comienzan á estimarse; riquísimos archivos, pero difíciles de explorar; curiosos monumentos de toda clase, pero arrinconados, descuidados, mal conocidos y peor estimados. No distan mucho los tiempos en que un Jovellanos y un padre Villanueva solo veian obras de la barbarie allende las romanas ó griegas y sus plagios, y á sus ojos ofuscados por el exclusivismo, pasaban casi inadvertidas las lindas y pudorosas creaciones de esa época fecundísima llamada edad media, creaciones que para mayor desprecio se quisieron condenar con el odioso nombre de góticas. El propio Capmany, no obstante su clara perspicacia y los eminentes servicios que rindió á las antigüedades patrias, solo acertaba á ver en nuestras catedrales cierta grandiosidad, á vueltas de mil incorrecciones y defectos.

Mengua es decirlo; pero hasta que el inolvidable Pí-ferrer, rodeado de la brillante juventud que en nuestros dias ha restaurado el buen gusto literario y artístico, y ha dado despues varones eminentes, orgullo de este suelo y de la presente academia, la arqueología, tal cual debe comprenderse, fue aquí una cosa de todo punto ignorada, sin embargo de las joyas esquisitas que poseemos en templos, en monasterios, en palacios, castillos, pinturas, bajo-relieves, libros, artefactos... ¿qué se yo? ¡Y esto se llamaba, y se llama aun productos de la ignorancia!

Porque, otra mengua, señores, hay aun que confesar, y es el supino desden, prescindiendo del necio vulgo, que muchos sugetos, no diré instruidos, pero sí influyentes ó interesados, afectan hácia esas llamadas por ellos paredes negras y mamarrachos, á cuyo apóstrofe estigmatizador hartas reliquias dignas de

honda veneracion, han venido abajo á impulsos de profana osadía ó de ruin especulacion...

¿Y qué diremos de las razzias consumadas casi diariamente, sin objeto, sin ojeriza, por solo capricho, quizá por falso celo, á ciencia y paciencia de los que debieran impedirlo, sobre lo cual me atrevo á llamar la atencion de esta Academia? ¿Es posible sigamos dando tan pobre idea de nuestro *sans-façon* en el asunto, y que cuando los extranjeros exhuman y popularizan bajo todas las formas sus curiosidades artístico-arqueológicas, nosotros, no solo no exlumemos ni popularicemos nada, sino que impasiblemente destruimos ó demos á barato los mas curiosos originales?

¡Bien reciente es el suceso de las coronas de Guarrazar... vendidas, señores! ¡vendidas como vino ó pasas de Andalucía á esos mismos extranjeros que nos menosprecian y explotan!

Los monumentos debieran ser para una nacion como para una noble familia su abolengo ó la serie de retratos de sus mayores. Los originales desaparecieron, pero cada vez que el último descendiente fija en ellos una mirada orgullosa, siente hervir su sangre, y se enardece al recuerdo de antiguas proezas. Al contrario, un pueblo indiferente á su pasado, es como el individuo que reniega de su propio linaje.

El arte, único libro de los pueblos durante centenares de años, es el que por medio de sus obras puede iniciarnos en el secreto de aquellas generaciones cuya nocion se pide en vano á los analistas mas autorizados. Bajo este concepto, cada reliquia, cada utensilio, cada bajo-relieve, es una rica página donde mejor que en largas descripciones vése retratado el tipo, el carácter de nuestros pasados, con mas autenticidad que en cualquiera memoria, pues aquello es hechura de ellos mismos, su verdadero fac-símile. ¿Y qué poder humano seria capaz de reengendrar las creaciones de otros dias ó de resucitar al artista que hace siglos yace en la tumba?

¿Es posible reconstituir lo que envuelve la existencia de una edad, el resultado de una civilizacion, toda una época, todo un ciclo igualmente distantes de nosotros por abismos de centurias ya consumadas? No; las generaciones solo viven una vez; lo que el tiempo ha devorado ya no vuelve, y el ser de ayer feneció hoy para siempre jamás.

Un pueblo sin veneracion á su pasado, no merece figurar entre las naciones cultas. Conocida la fuerza que el símbolo ejerce sobre la imaginacion, donde quiera que haya una gloria que recordar ó un entusiasmo que promover, el monumento símbolo de héroes y epopeyas que en la noche de su lejanía se dibujan con luz fosforescente, hablará siempre con enérgica voz, porque aun es la vida bajo capas de polvo ó de musgo, porque en cierta manera retiene algo de lo que alrededor suyo fue deslizándose, y porque la impresion que ejerce es sobre otras vehemente, como tangible y material.

Observaré que bajo el nombre de monumento no entendemos por precision grandes ruinas ó edificios, sino cualquier objeto de conocida antigüedad, tal vez un dije ó chuchería bastantes á recordar personas y cosas que fueron para no volver. Al buen amante un solo rizo de cabellos le recuerda su amada; ¿y qué valdria por sí tal objeto sin las ideas que sugiere por su mancomunidad de ser con él original?

Hé aquí por qué los verdaderos arqueólogos, y con ellos los gobiernos ilustrados, acogen solícitos cual inestimables riquezas todo lo que representa algun valor monumental, nacional, histórico ó artístico; y con tanto mas gusto lo acogen y aprecian, si á los méritos indicados reune el ser rarísimo y único ejemplar.

Grande alegron recibiria el ministro francés al ver entre sus manos las ricas preseas descubiertas en Toledo, que el afan hoy omnímoto de granjería puso á su disposicion por la ley de la venalidad; pero en cambio, estremecerse debieron en sus tumbas las augustas cabezas de Recesvinto y su consorte, al mirar enagenadas como una mercancía las diademas que ostentaran en faz de la córte goda aquellas ilustres insignias de su magestad, doblemente consagradas por el destino que en la tierra tuvieron y por su ulterior dedicacion á la que soberanea sobre todos los imperios.

Hay cosas con las que difícilmente transige el sentimiento de la propia dignidad. Concíbese que en medio de turbaciones políticas, el incendio y la ruina lleguen á cebarse en objetos monumentales; que un gobierno abrumado de atenciones carezca de recursos para salvar venerables antiguallas; que el privado interés convierta la vieja morada en una finca de especulacion, y aunque el anhelo de logrería lleve al mercado esas curiosidades sin reemplazo que una santa memoria hace sin precio; pero francamente, el español que visitando el museo de Cluny vea las coronas de sus reyes confundidas, aunque en aseada colocacion, bajo una vitrina, en medio de otras baratijas comparativamente vulgares, mucha flemma deberá tener para que no se le suban colores al rostro. ¿Qué haria la Inglaterra si allí viese su corona de San Eduardo? ¿Qué hizo recientemente el Austria con la corona de hierro de Lombardia? ¿Qué hicieron los franceses al encontrar en Madrid la espada de Francisco I?

Ignoro, — porque no se ha dicho, — si el gobierno

(1) Véase el número anterior.

practicó alguna gestión reclamatoria, ni tampoco quiero ahondar las razones legales que acaso le asistieran para reivindicar lo enagenado, ya á título de propiedad de la corona ó de la iglesia, ya como tesoro en cuyo hallazgo nuestras leyes le conceden una parte; lo cierto es que las diademas dichas de Recesvinto, debiendo ser una de las primeras *regalias* de la casa real de España, han quedado vergonzosamente reducidas á la condicion de un vulgar espectáculo (1).

El sinsabor que me causó la noticia de la referida enagenación, hizome reflexionar sobre las circunstancias de un hecho semejante en nuestros dias, y llegué á concebir una duda que no puedo menos de someter al alto criterio de esta academia, para que oidas mis razones vea si merecen sujetarse al examen de personas mas competentes.

No deja de presentarse chocante la primera noticia que se dió del hallazgo en una misiva anónima escrita desde la imperial Toledo, que luego copiaron todos los diarios de la península en estos términos: «A mediados del último verano (1858), se presentó en esta ciudad un Labrador vecino de Guadamur, con un pedazo de cadena de oro cuya hechura demostraba gran antigüedad en la pieza á que debía pertenecer. Yendo á venderla y desconfiando del precio que le ofrecieron los plateros, fué á verse con un comandante francés al servicio de España, catedrático de este colegio militar, conocido por aficionadísimo anticuario, quien efectivamente prometió al labriego mayor cantidad de la que habian ofrecido los demás, mediante la condicion de que debía justificarle la legítima procedencia de aquella alhaja.

J. PUIGGARI.

(Se concluirá en el próximo número).

DOS MARTIRES.

EPISODIO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

I.

No voy á escribir una novela ni una historia; voy á narrar sencillamente un hecho acaecido hace poco tiempo, y de cuyos autores vive uno, el mas débil de los dos, en el seno de nuestra bulliciosa sociedad, triste y silenciosa para él desde que no está en ella su amado compañero.

No busco aplausos para mi pobre escrito: tan solo pido una lágrima de compasión para los infortunados mártires cuyos dolores procuraré, aunque tal vez en vano, interpretar.

II.

Era una bella tarde de otoño: los pájaros cantaban dulcemente en la arboleda, pero con una dulzura melancólica, como si dirigieran sus adioses á la estacion que se marchaba y que quizá no volveria para ellos: habia en aquellos cánticos algo que se parecia á la despedida de un amigo, á quien acaso ya no hemos de ver mas.

A la puerta de una blanca casita, escondida entre madresevas y jazmines, como el nido de un ave en la enramada, se veian sentados dos jóvenes de distinto sexo. Contaria ella diez y ocho años á lo sumo, y su pálida tez, negros cabellos, pardos y rasgados ojos y esbelto talle, indicaban que se meciera su cuna bajo el ardiente sol de la Andalucía: alto, delgado, mirada viva, rizada cabellera y negrísimo bigote, eran los caracteres que la luz apagada del crepúsculo permitia distinguir en el que á su lado estaba.

Ambos callaban, si callar puede decirse cuando permanecen inmóviles los labios, aunque los ojos empleen su lenguaje como entonces sucedia; y en verdad que en momentos como aquellos en que la naturaleza parece recogerse para dar gracias á su Creador, cualquier sonido, por dulcísimo que fuera, que hubiese venido á turbar la *armonía del silencio* que se percibía en la campiña, pareciera ingrato y desacorde.

En tanto las sombras de los árboles y colinas inmediatas fueron agrandándose, los pájaros callaron, el horizonte, de un azul subido pocos momentos antes, se tiñó de púrpura y esta se convirtió á su vez en un tinte mas sombrío: por fin, allá á lo lejos, se aclaró el cielo como si fuera á amanecer y bien pronto apareció el encendido disco de la luna, cubriendo con su manto de plata aquel paisaje encantador.

Los jóvenes volvieron entonces sus semblantes como si despertasen de un hermoso sueño, y cubriendo él con un pañuelo y ciñendo estrechamente la cintura de la joven, la obligó á penetrar en la casita temiendo sin duda, los efectos del rocío, tan abundante en aquellos climas.

Dentro ya de una modesta, pero limpia y alegre habitación, rompió el mancebo la faja de un periódico que sobre una mesa habia, y empezó á leer en alta voz: era el correspondiente al 24 de octubre y casi estaba ocupado todo entero, con las reflexiones á que daba lugar la declaración de guerra hecha por España al gobierno marroquí. Al leer los renglones en que se daba cuenta de tan importante nueva, la voz del joven tomó un timbre desacomodado, y arrojando el papel exclamó como hablando consigo mismo:

(1) Escusado es decir que dejamos al autor la responsabilidad de sus apreciaciones, lo mismo que dejaremos á los que puedan contestarle las que hicieren.

(N. de la redacción.)

—Es preciso marchar.

Pero inmediatamente, y arrepentido al parecer de haber pronunciado estas palabras, se volvió hácia la joven y la dijo con dulzura:

—No te asustes, María, sin duda esta es una de tantas noticias falsas como propalan diariamente los periódicos.

María entonces levantó la cabeza, que medio oculta tenia entre las manos, y dejando ver dos gruesas lágrimas que surcaban sus pálidas mejillas contestó con acento conmovido, pero firme:

—Ricardo, no trates de engañarme si la guerra estalla, quiero que marches á tomar parte en ella; tu honor lo exige, y antes es él que mi felicidad.

III.

Ricardo de Contreras era teniente de infantería; hijo de una pobre pero honrada familia, sostenia con su mezquinó sueldo á su anciana madre, pagándole de este modo los sacrificios y privaciones á que ella se sometiera para atender á sus gastos del colegio. Querido de sus jefes, amado de sus compañeros por su buen carácter, era adorado además por sus soldados á causa de su afabilidad y su bravura.

Un dia recibió noticia de que su madre se moria y deseaba estrecharle antes en sus brazos. El coronel no vaciló un momento en darle licencia para ausentarse, y el joven teniente voló al lado de la que le diera el ser, y que habitaba en la casa que hemos descrito antes. Allí la encontró postrada y moribunda, pero no sola, cómo él se figurara; á la cabecera de su lecho velaba una mujer, un ángel, mejor dicho, que huérfana y desamparada, no tenia en el mundo mas apoyo que el de aquella anciana, que espiró á los pocos momentos de la llegada de Ricardo.

La joven, cuyo nombre era María, y que habia prestado á la madre los últimos servicios, fue la que se encargó de enjugar las lágrimas del hijo. ¿Necesitaremos decir que el lazo del amor unió bien pronto los corazones de Ricardo y de María? ¿Habrá alguno, por ventura, que no lo hubiese adivinado ya?

Pero los jóvenes eran pobres, muy pobres: Ricardo no poseía mas que su charretera y aquella humilde casa, único patrimonio que sus padres le legaran; María no tenia mas que su virtud y su hermosura. Para casarse como ardientemente deseaban ambos, hubiera sido preciso depositar *cuatro mil duros*, y entre los dos no reunian la centésima parte de esta suma.

Nada hay imposible, sin embargo, para un corazón enamorado, cuando sobre él no ha caído aun la nieve de los años. El párroco del pueblo, anciano venerable, que conocia la pureza de alma de ambos jóvenes, no dudó en santificar con su bendición su matrimonio, desoyendo por un momento las leyes de los hombres, para no escuchar sino las de la Creación.

Desde aquel momento la felicidad reinó sin obstáculo en la casa de las madresevas, y los tiernos esposos se olvidaron completamente de todo lo que existia mas allá de los frondosos viñedos que cercaban el horizonte de aquel valle delicioso.

El despertar de tan divino sueño fue terrible: ya hemos visto los primeros efectos que en los jóvenes produjo, la para ellos tan inesperada declaración de guerra.

IV.

A los pocos dias de la fatal noticia, Ricardo y María se encontraban alojados en Madrid en una humilde casa de huéspedes. La joven no habia estado en la corte nunca, y el bullicio y animación que en ella reinan, la asustaban; pobre planta arrancada violentamente del jardín natural en que naciera, esta pesada atmósfera la alió-gaba, é instintivamente estrechaba el brazo de Ricardo como pidiéndole protección y amparo.

Uno y otro le faltó en la misma noche en que llegaron: el batallón á que Ricardo pertenecía, recibió orden de marchar, y María fué á despedir á su esposo al embarcadero del ferro-carril. Allí le dió el último abrazo, y cambió con él el postrer beso; desde aquel sitio le vió subir en el wagon, perdiéndose su desesperado adiós entre el silbido de la locomotora: sus ojos permanecieron secos sin embargo, dominándose hasta el punto de no derramar una sola lágrima, para no aumentar con ellas el dolor de su marido, y no llamar la atención de las personas indiferentes que la rodeaban; pero cuando le perdió de vista entre la multitud de pasajeros, sus ojos se convirtieron en raudales, y postrándose en uno de los montones de tierra que dominan la estacion al cual se habia subido, para divisar por algun tiempo mas el humo del tren, imagen fiel de sus pasadas ilusiones, elevó sus preces al Altísimo, sintiendo luego el corazón mas desahogado.

Entonces regresó á Madrid, tornando amenudo la vista, como si esperase ver volver al amante de su alma. Al entrar en la casa, y dirigirse á su miserable y triste habitación, cuyas paredes estaban cubiertas con un papel sucio y destrozado por el tiempo, tuvo que sufrir las *flores* que la dirigieron unos cuantos jóvenes libertinos que vivian en la misma casa.

Encerrada en su cuarto, desde aquel instante vióse

obligada á sufrir la molesta compasión del ama de la casa, que esplotaba el dolor de la desgraciada joven, en favor de su despensa y su cocina. María, indiferente á cuanto pasaba en su derredor, nada advertia, y solo la voz conocida del cartero la hacia salir de su letargo. Entonces corria á la puerta desalada, cogia ó arrancaba las cartas en cuyo sobre conocia la letra de Ricardo, y dando en cambio de ellas cuanto dinero tenia en el bolsillo, volvía rápidamente á su habitación, y allí á la escasa luz que penetraba por los verdosos vidrios de una ventana que se abria al patio, devoraba aquellos renglones, repitiendo cien y cien veces su lectura hasta que los sabia de memoria y podia dormirse recitándolos.

Veamos algunas de esas cartas.

V.

Ceuta 26 de noviembre.—Amada mia: hoy recibí mi bautismo de fuego; estos perros, cuya descripción te hice en mis anteriores, creyeron sorprendernos y atacaron nuestros reductos con un valor que no esperaba en ellos: caro les salió su intento sin embargo, y muchos pagaron con la vida tan temerario arrojo.

Yo estuve en acción la mayor parte del dia, sin recibir un chinazo siquiera; está visto que el escapulario que me colgaste al cuello y del que yo tanto me burlaba, hace prodigios. Te voy á decir la verdad, pero cuidado con contarlo á nadie. Al oír silbar en derredor las balas, sentí un estremecimiento que supongo seria miedo y que me obligaba á bajar á cada disparo la cabeza; pero esto duró muy poco tiempo, sintiéndome luego tan sereno y tranquilo en medio de la lucha, como si estuviera vagando por las calles de Madrid.

Ni un momento dejé de pensar en *vosotros* mientras duró la función, y este recuerdo creo que contribuyó á infundirme valor, porque me parece imposible que Dios quiera separarnos ahora que somos felices, y que vamos á tener muy pronto un nuevo ser á quien servir de apoyo.

Me llaman para ir á montar la guardia de un reducto; adios, cuídate mucho y no me olvides.

VI.

Campamento del Serrallo 30 de noviembre.—¿Cómo podré explicarte lo que en este momento pasa en mi corazón, esposa mia? *YA SOY CAPITAN*: ¿sabes tú lo que quiere decir esta palabra?

Esa palabra indica uno de los grados mas altos y honorosos de la carrera militar; esa palabra nos proporciona medios sobrados para atender á las necesidades de nuestro amado hijo; esa palabra basta para que tú y él disfrutéis de viudedad si acaso... pero no quiero pensar en esto: esa palabra nos dice sobre todo, que dentro de poco tiempo podré llamarte esposa delante de los hombres, como te lo llamo ahora ante Dios. Hoy quise declarar nuestro secreto al general, pero me faltó valor y creí mas prudente aguardar otra ocasion de distinguirme, la que confío no tardará mucho.

Voy á contarte como alcancé tanta felicidad. Esta mañana volvieron los moros á atacarnos con mayor impetuosidad que en los dias anteriores, y mi batallón fue uno de los primeros señalados para salirles al encuentro. Tratar de pintarte el arrojo y valentía de nuestros cazadores, seria intentar un imposible; solo te diré que el comandante para hacerse obedecer y que no avanzaran demasiado, tuvo que amenazarles con obligarles á volver al campamento. ¡Cómo no ha de ser bravo el oficial que manda á estos soldados!

A los primeros tiros cayó herido mortalmente el capitán de mi compañía, y tuve yo que tomar el mando de esta; acababa apenas de hacerlo, cuando el general en jefe que pasaba al galope á nuestro lado, me gritó:

—Caballero capitán, vaya usted á tomar aquella altura.

Y me señalaba con su baston un montecillo cubierto de maleza, desde el que los moros diezaban con su nutrido fuego las filas de nuestros batallones. Inmediatamente mandé calar la bayoneta, y dando la voz de *avancen*, marché delante de mis tigres en dirección del bosque. No sé lo que entonces sucedió: el ruido de las ramas al ser tronchadas por las balas, los disparos del fusil, gritos de rabia y quejidos de dolor, producian tan infernal estrépito, que perdí la conciencia de mí mismo: solo recuerdo que sin saber cómo, me encontré en la cima del monte, rodeado de despojos y cadáveres, cubierto de sangre, y siendo frenéticamente victoreado por mis valientes camaradas.

Al concluir la acción, el general O'Donnell me mandó formar los restos de mi destrozada compañía, y haciéndome salir al frente, me puso la mano sobre el hombro izquierdo, y me dijo:

—Desde hoy en adelante otra charretera adornará este hombro: procure usted justificar, como hoy lo ha hecho, la equivocación que cometí al llamarle capitán, si alguna vez, incurriendo en otra, diese á usted el nombre de comandante.

Ahí tienes la historia de mi buena fortuna; ya ves cuán infundados son los temores que te aquejan; procura desecharlos, y piensa tan solo en lo que nuestro hijo jugará con los cordones de mis dos charreteras. ¿Quién sabe si para entonces habrán desaparecido esos



EL GENERAL DON MIGUEL DE LA BASTIDA, EX-MINISTRO DE LA GUERRA EN SANTO DOMINGO.



DON ANTONIO ABAD, GENERAL EN SANTO DOMINGO.

cordones? Adiós, adiós, no quiero dejarme arrastrar de mis sueños de ambición; si alguno siento es solo por vosotros.

VII.

Esta fue la última carta que recibió María: pasaron después días y días, transcurrió una semana entera, y nada: el cartero llegaba todas las mañanas, dejaba la correspondencia de los demás huéspedes, sin que entre aquellas cartas hubiese nunca, una tan solo de Ricardo. La joven las revolvió todas, leía su sobre una por una, después poniéndose su modesta mantilla y cubriéndose el rostro con el velo, corría á la administración de Correos, con la esperanza de que el cartero se hubiese equivocado, y que la carta tan esperada fuese de las anunciadas en la lista; esperanza vana! su nombre no parecía allí, y triste y derramando amargas lágrimas, con la desesperación pintada en su semblante, tomaba otra vez el camino de su casa, sin que ninguno de los que cruzaban á su lado adivinase la mas pequeña parte de aquel dolor inmenso.

Un día leyó en *La Correspondencia*, entre el anuncio de un baile y la cotización de la Bolsa, el siguiente párrafo:

«Entre los enfermos del cólera que hay en el hospital de Ceuta, se encuentra el capitán don Ricardo de Contreras.»

María no lanzó un gemido; las lágrimas que abundantes corrían de sus ojos se secaron, y con paso firme se dirigió á la calle, resuelta á marchar en aquel mismo instante al lado de su esposo. Pero aun no había bajado la escalera, cuando oyó que la llamaban por su nombre; volvió la cabeza, y encontró al cartero que no habiéndola conocido antes y admirado de aquella indiferencia, le alargó una carta con el sello de Africa.

Cogerla, romper el sobre y enterarse de lo que contenía, fue obra de un instante para la infeliz joven, que no podía concebir mayor desgracia que la que hacia unos instantes la agobiaba. Otra mayor, sin embargo, iba á experimentar: apenas leyó los primeros renglones, se llevó la mano al corazón como si hubiese sufrido en él un fuerte golpe, sintió que sus piernas flaqueaban, y sentándose en los escalones, empezó á leer aquella fatal carta.

Héla aquí:

VIII.

Hospital de Ceuta, 10 de diciembre.—Cuando llegue á tus manos esta carta, tu Ricardo habrá dejado de existir, amada mía. No llores ni te entristezcas demasiado; tu imagen dulcifica mis últimos instantes, y el recuerdo que pasé á tu lado en B..., es el bálsamo que mitiga mis dolores. Era aquella demasiada felicidad para este mundo, y por eso sin duda fue tan corta.

Diez días hace que lucho con el cólera, y en todo este tiempo no pude escribirte, pero espero que lo haya hecho mi amigo Eduardo desde el campamento, para que

no estuvieses con cuidado. Hoy me ha dicho el médico, contestando á mis preguntas reiteradas acerca de si tengo ó no esperanzas de salvarme, que mañana me contestaría: en ese mañana conozco que no llegaré á él, y probablemente me moriré esta noche. ¡Cuánto desearía columbrar al menos la aurora de un día que estoy condenado á no ver ya!

Pero morir aquí de noche y solo, en medio del silencio, turbado únicamente por los quejidos de los que me rodean; morir sin estar alumbrado por mas luz que la de un pobre farol, que chisporrotea y amenaza extinguirse antes que mi vida: morir en un hospital después de haber salido ileso en siete acciones. ¡Morir, cuando mis compañeros conquistan gloria y honor en los campos de batalla; cuando la fortuna me sonreía mas; cuando soñaba con clavar nuestra hermosa bandera en los muros de Tetuan; cuando pensaba regresar á España cubierto de laureles, y adornar con ellos la frente de mi esposa y de mi hijo! ¡Morir, Dios mio, sin dejarles un pedazo de pan siquiera con que enjugar sus lágrimas!

Perdóname María, en mi arrebatado te estoy haciendo padecer aun mas: quisiera borrar las anteriores líneas, pero no puedo; si ahora aumentan tu dolor, mas adelante cuando vuelvas á leerlas y se las leas á mi hijo, conoceréis los dos cuán grande era el amor que os tenía.

Es preciso que tengas resignación, María, que ahogues tu sentimiento y le domines; es preciso que te arrojes á los pies de nuestra escelsa y bondadosa reina: que la pidas en nombre de nuestro hijo el indulto del delito que cometimos, casándonos sin su real permiso; y si como espero de su generoso ánimo, te concede una pensión, que te retires á vivir á B... á nuestra blanca casita del viñedo. Si el fruto de nuestro amor fuera una niña, no salgas de allí nunca; ¿qué podrias encontrar en el mundo mas que lágrimas y dolores, vosotras, mis pobres y tiernas sensitivas? Si fuera niño, desearia que llevase mi nombre, y que siguiese mi carrera... pero no, no, que no la siga; ¿qué seria de tí, si recibieras otro golpe como el que te aguarda ahora?

Yo seguiré velando por vosotros desde el cielo, al que confío subir, porque ningun remordimiento turba en este instante supremo mi conciencia. Os acompañaré por todas partes; y ya en el rayo del sol, que atravesando la espesura vaya á acariciar vuestros cabellos, ya en las embalsamadas auras de la tarde, que refresquen vuestros angelicos semblantes, os enviaré constantemente mi recuerdo. Reservadme siempre un sitio al lado vuestro; de la inagotable misericordia del Señor, espero que aunque invisible é impalpable, me permitirá ocuparlo alguna vez.

Adios, voy á morir María, y ahora es cuando mejor conozco lo mucho que te amaba; voy á morir sin haberte manifestado nunca los pensamientos de amor que bullen en este instante en mi cerebro; voy á morir y siento que mi pecho se desgarrá, al pensar que mi cariño pudo ser dudoso para tí.—Pero no, esto no ha suce-

dido, ni sucederá nunca ¿verdad que tu alma de ángel ha adivinado siempre lo que no acertaba á decir mi corazón de hombre?

María adios, procura dominar tu pena, en nombre de nuestro hijo te lo pido; mira que el exceso de pesadumbre puede serle fatal, ¿y quién te consolara entonces? Adios, la vida en este mundo es corta, y en el empero eterna; allí te espero.

Adios María, hasta en el cielo.»

IX.

La narración que me propuse hacer ha concluido: los personajes y sucesos que figuran en ella, no son imaginarios: si me he permitido variar los nombres de los primeros y la forma en que se realizaron los segundos, fue únicamente porque no estoy autorizado para revelar aquellos, y he tratado de dar á estas unidad.

G. C.



AVISO.—Segun las condiciones establecidas, los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL que optaron por *El Año Cristiano*, recibirán con este número el tomo 2.º

Los suscritores á las *Obras de Chateaubriand*, recibirán tambien el tomo 2.º

Los suscritores á *Los Tres reinos de la naturaleza*, recibirán el tomo 3.º

Los suscritores á la *Historia general de España*, recibirán el tomo 2.º

Los suscritores á *La Santa Biblia*, recibirán el 2.º

Los suscritores á *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, recibirán el cuaderno 3.º

Los suscritores que quieran recibir el completo de las obras, pueden hacerlo abonando su importe.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.